

EL COMERCIO

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—El Monte de Boadilla. II, por X.—¿A dónde vamos?, por D. G. Wise.—Cástich, por D. M. O. B.—El foto-teléfono, por D. J. Rodríguez Moureló.—Cantares. A Remedios P., por Elío.—No y sí, por D. G. R.—Los pueblos nerviosos, por Eggis.—Oriental. A la luz de la luna. (Traducción de Víctor Hugo), por D. B. Mediano y Ruiz.

GRABADO.—Tipos catalanes. El dolsainer.

EL MONTE DE BOADILLA.

II.



A pasado un año muy cerca de esta terrible catástrofe. D. Francisco, como de ordinario, se había dedicado todo este tiempo á llevar adelante los negocios de la casa, y á reemplazar en lo posible la falta del hijo del banquero; empero se veía á aquel hombre siempre receloso, suspicaz, sombrío, desde la noche fatal en que acompañando al hijo de su principal había sido este asesinado y robado en el monte de Boadilla.

El padre al ver la desgracia de su hijo había caído enfermo, y no se había levantado de la cama sino perturbada su razón, habiendo durado más de seis meses el desarreglo de ella. Su casa, tan opulenta antes, hubiera quedado arruinada á no ser por los cuidados de su dependiente Francisco. Aunque éste tardó largo tiempo en curarse de la herida, que él contaba haber recibido en defensa del hijo de su amo en aquella terrible noche, no solo había continuado los negocios comenzados en la casa de comercio de Matallana con sus corresponsales, sino que por una solicitud y una actividad verdaderamente maravillosas, había sabido aumentarlos y extenderlos.

El pobre Matallana al cabo de seis meses curó de su terrible enfermedad; y cuando creía encontrar su casa en el mayor abandono y comprometidos sus intereses, y perdida su fortuna, se encontró con que esta se hallaba casi doblada, gracias al trabajo y á la inteligencia de su primer dependiente. El reconocimiento le inspiró el mayor afecto, y parecía haber encontrado en él un segundo hijo; así es que no contento con quererle como tal, quería darle hasta el nombre concediéndole la mano de su hija Eugenia.

Calderon, que había marchado pocos días después de la catástrofe á Barcelona, donde le habían detenido un año los negocios, había vuelto á casa de su amigo precisamente unos días antes al en que pensaba Matallana que se verificase el matrimonio de su hija con el dependiente don Francisco dándole así una prueba de agradecimiento, ya por la decisión con que á costa de su sangre había defendido la vida de su desgraciado hijo, ya también por el celo y esmero con que durante su larga y penosa enfermedad había atendido á los intereses cuantiosos de su casa.

Matallana había hecho presente su proyecto repetidas veces á Eugenia, y esta que de corazón se hallaba enamorada de Calderon, lo había resistido, si bien había ofrecido someterse á la voluntad de su padre. Así es que cuando Calderon volvió de Barcelona y reiteró á Matallana la oferta que le había hecho en vida de su hijo, sintió el mayor dolor al ver que éste le respondió que tenía una deuda de honor y de gratitud que pagar á su primer dependiente. Hemos visto que Calderon había sido uno de los testigos casi de la catástrofe en la terrible noche en que había perecido Carlos, su amigo Carlos, en quien fundaba todas sus esperanzas, y que hubiera sido el más poderoso apoyo para el logro de su amor y de su ventura, que cifraba en el matrimonio con Eugenia.

Un día antes del señalado para verificar el matrimonio de Eugenia con don Francisco, se presentó Calderon por última vez á su amigo Matallana, manifestándole que en nombre del interés sagrado de su hija venia á desenmascarar á sus ojos al hombre á quien pretendia darle por esposo. Revelóle entonces que aquel hombre era un jugador, que tenia deudas, y que circulaba por el comercio un pagaré de cuatro mil duros firmado por él. Matallana no quiso dar crédito á lo que creia calumnias de un rival, y á lo que le parecia estar tan en contradiccion con la conducta que durante un año habia visto en su joven dependiente. Una circunstancia vino á arrojar la alarma en su corazon.

Un comisario de policia se le presentó, y vino á despertar recuerdos muy dolorosos en su alma, manifestando que hacia algunos dias que unos leñadores trabajando en el monte de Boadilla á poca distancia del lugar donde se habia cometido el crimen habian encontrado bajo un monton de hojas secas la cartera que llevaba su desgraciado hijo. Reconoció aquella cartera, y el comisario le hizo notar que estaba atravesada hácia el medio, y en sus dos partes. Matallana, examinándola detenidamente, recordó que aquella cortadura no existia antes. Hizole observar el comisario que su hijo habria colocado sin duda, como es costumbre, su cartera en el bolsillo izquierdo de su frac, y que habia sido herido en el mismo lado: que era probable que aquella cortadura hubiese sido hecha por el asesino, y que era la huella misma del golpe que le habia dado la muerte: que en aquel caso los billetes que encerrase la cartera, y que habian sido robados, debian tambien haber sido atravesados por el puñal, y tener algunas manchas de sangre como las tenia la cartera. El comisario hizo presente que era muy posible que aun no se hubiesen atrevido á hacer uso de aquellos billetes atravesados por su puñal y manchados con la sangre de su víctima; que tal vez, á pesar de la baja codicia que habia impulsado al crimen, detenida por el temor del castigo habria suspendido por algun tiempo poner los billetes en circulacion.

A aquella revelacion sintió Matallana como ocurrírsele una idea repentina.

De acuerdo con el comisario, trató de prevenir á todas las gentes del comercio, pero con una estremada reserva, y recomendándoles el mayor secreto, á fin de no despertar la desconfianza del culpable.

Acababa de salir el comisario de policia del

despacho de Matallana, cuando entró su dependiente don Francisco.

Ya hemos dicho el estado de suspicacia y de alarma en que vivia hacia un año: preguntó á su principal que era lo que queria aquel hombre; pero éste le dijo que se lo manifestaria mas tarde, y como variando de conversacion le preguntó qué significaba lo que le habian dicho de que tenia suscrito un pagaré de cuatro mil duros.

Embarazado y suspenso se quedó don Francisco con aquella pregunta; pero reponiéndose un poco, despues de alguna vacilacion manifestó que teniendo un hermano negociante en Sevilla, y hallándose éste apurado en sus negocios le habia pedido dinero, y que no teniéndolo en aquella época habia suscrito el pagaré comprometiéndose por él.

Matallana le reprendió amistosamente por no haberse valido de él, sabiendo que tenia á su disposicion todos los fondos de su caja; quedando al fin Matallana muy persuadido de que la causa por la que le habia acusado Calderon procedia de un motivo tan puro como el haber acudido al generoso socorro de su hermano. Estrechó con afecto la mano de su dependiente, y le anunció que al día siguiente se verificaria la realizacion de todos sus deseos, la boda con su hija Eugenia, dándole desde entonces el nombre de hijo.

Atónito quedó con esta noticia don Francisco, el cual no queria casarse con Eugenia. Conoció que la mano de aquella joven jamás debia tocar la suya. El no queria haber llegado á tanto: sentia alarmada su conciencia al ver aquel desgraciado padre que venia á arrojarle en sus brazos á pesar suyo, á pesar de la pobre Eugenia, porque él no podia ocultarse que la joven sentia una aversion hácia él, que sin duda le inspiraba el mismo cielo: rehusar aquella boda era dar un motivo mas de desconfianza. Eugenia era joven, rica, hermosa.... volver atrás era perder en un día su posicion, su fortuna y su porvenir.... y sobre todo el oro, aquel oro tan necesario para sus pasiones.... aquel oro al que todo lo habia sacrificado. Calculaba despues que se buscaria algun motivo á aquella inconcebible negativa, y temblaba á la idea de que pudiese sospecharse la causa.... la verdadera causa, la que existia en su corazon con los remordimientos. Asi, pues, se decidió á casarse con aquella joven, y á arrostrar aquella consecuencia mas de su crimen. Veía á un lado el sacrilegio; al otro el cadalso.

Agobiado con estos fatales pensamientos, se arrojó sobre un sillón, cuando vió abrirse la puerta de su cuarto, y presentársele un amigo llamado Gonzalez. Este era uno de los compañeros de sus desórdenes y de su juego, y al cual habia firmado el pagaré de los cuatro mil duros. Reclamó éste altivamente el pago de aquella cantidad, y por mas disculpas que le dió don Francisco, por mas que le rogó él que le concediese el plazo de un día, dentro del cual habria asegurado su situacion y su fortuna por haberse casado con la señorita Eugenia, aquel haciéndose un arma de esta misma circunstancia, le manifestó que tenia necesidad de dinero, y que si no le entregaba aquella cantidad al día siguiente por la mañana á las siete en punto, volveria á deshacer aquel matrimonio. Rogó de nuevo don Francisco, pero en vano; le hizo presente el acreedor que aquella cantidad le era absolutamente necesaria; despidiéndose insolentemente de él hasta las siete de la siguiente mañana.

Conoció don Francisco que la rapacidad de aquel hombre iba á quebrantar su porvenir. Entonces corrió á abrir uno de los cajones de su armario, y cogió de él un puñado de pesos con febril ansiedad.

—Esta cantidad, dijo, esta cantidad y un buen golpe de suerte, y mañana por la mañana tendré mis cuatro mil duros. Después de un momento de reflexion, añadió: no me queda más que este recurso.

Y salió precipitadamente de su habitacion.

(Se continuará.)

¿A DONDE VAMOS?

Por doquier los ojos
Se vayan volviendo,
Miserias y horrores,
Vilezas sin cuento,
Torpes liviandades
Se van descubriendo,
Mil artes, mil mañas
Y mil gatuperios.

Ya nada hoy infunde
Siquiera respeto:
Se mata, se roba,
Se despojan templos,
Los grandes aplastan
A los más pequeños,
El que se descuida
Queda sin pellejo.

Pigmeos escalan
Elevados puestos,
Hasta el sacerdocio
Se vá corrompiendo,
Seducen doncellas
Ministros del templo,
De santas reliquias
Se hace vil comercio.

El mundo en un caos
Se vá convirtiendo;
Los que más debieran
Darnos buen ejemplo
Llevan la batuta
En tal desconcierto:
Los grandes, en vicios
Son siempre maestros.

En estos los días
Que vamos corriendo,
Humildes cabañas
Guardan en su seno
Todas las virtudes
Bajadas del cielo,
Los vicios habitan
Palacios de cieno.

G. WISE.

CÁSTICH.

L' amo En Tem de Son Moranta
Era un amo dels més richs:
Un día hi anava un pobre:
—«L' amo, ¡pietat de mí!

—¡Arruix!—Tench fam...—¡Passa fora!
D' almoynes no hi gananci.»
Y ab les sitjes d' ordi y xexa
El sostre feya cruxits.

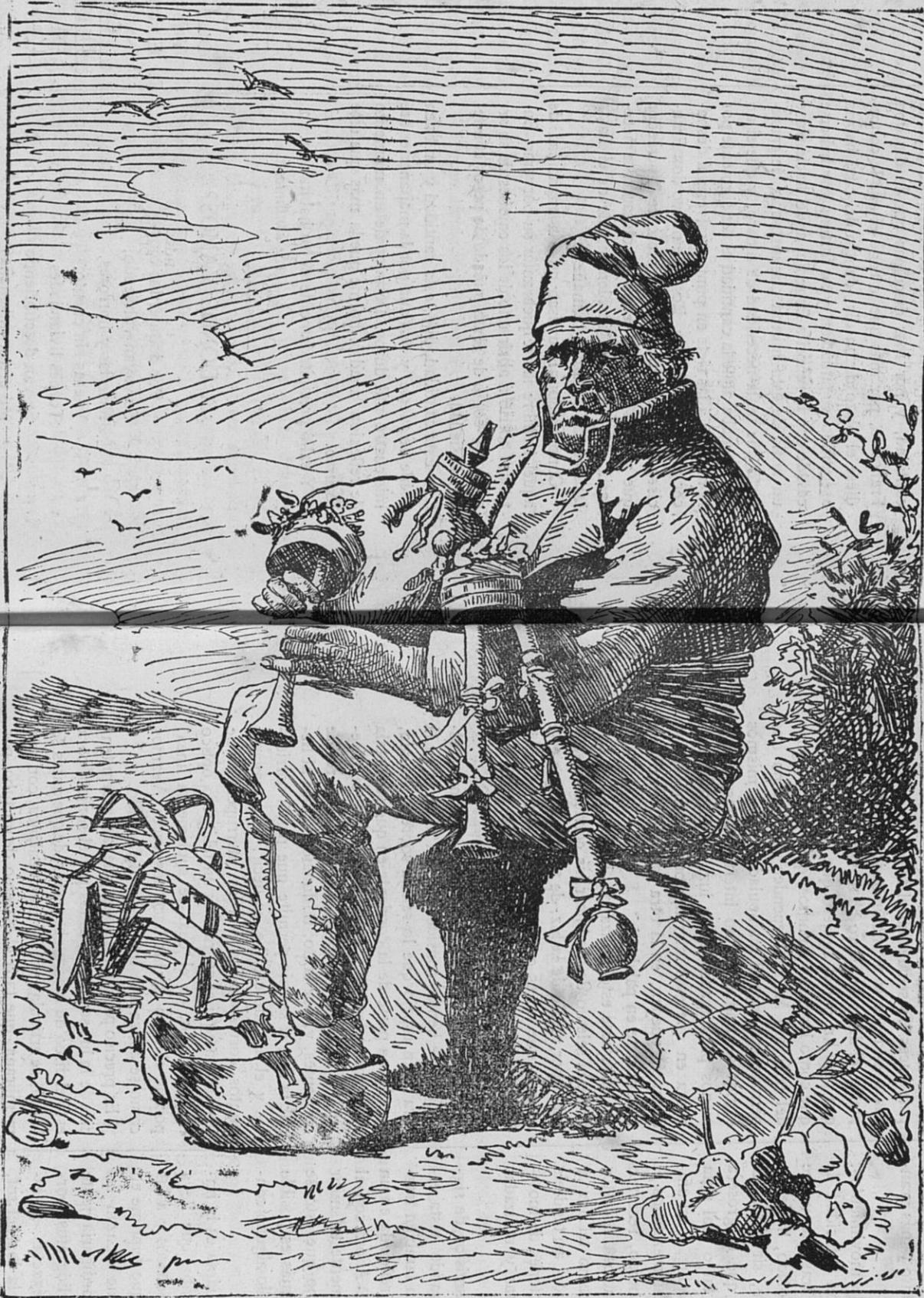
Cada any rét l' anyada grossa:
Els pobrets podran gaudir.
Deu envía corretjada:
L' amo En Tem no séga un brí.

M. O. B.

EL FOTO-TELÈGRAFO.

Oir la luz, percibir como nota musical lo que es color, apreciar en armonías de sonido las combinaciones armónicas de los colores en que la gota de agua descompone el blanco rayo del sol, es maravilla no soñada, es prodigio de trasfór-

TIPOS CATALANES



EL DOLSAINER

macion misteriosa de movimientos en que nadie pensó.

Pero transmitir la palabra por la luz y escribirla sobre el papel, al mismo tiempo que se articula tal como se había pronunciado, sin otro mecanismo que los telégrafos ahora usados, sin más artificio que cambiar y simplificar los aparatos empleados, es mayor portento y más grande maravilla.

Imaginad uno de esos sutilísimos movimientos, una de esas vibraciones que con velocidad de 79.000 leguas por segundo se trasmite y que percibimos como color rojo ó violado, haciendo el oficio de telegráfico alambre, sirviendo de conductora del sonido; pensad que la grosera oscilacion del aire que produce tal ó cual nota se confunde con la divina nota de luz, y así unidas y juntas las dos notas, y así mezclados el sonido de la luz y el color del sonido, recorren con vertiginosa velocidad los espacios dispuestos á separarse, quedando la luz como tal luz y oyéndose al mismo tiempo el sonido; así tendreis idea de lo que son las transformaciones de movimiento recientemente descubiertas y utilizadas ya con el foto-telégrafo.

Hasta ahora era posible la trasmision de signos por medio del telégrafo, llegando hasta escribirlos automáticamente. Podian tambien transmitir señales por medio de la luz reflejada en un espejo y comunicada á distancia. Ahora con el foto-telégrafo consiguiese no solamente transmitir signos como con el telégrafo, sino que esto se hace por medio de la luz, y además es posible transmitir sonidos y palabras sin hilo alguno conductor.

Con decir esto se comprende cuánta es la importancia del nuevo descubrimiento, que lleva mucha ventaja á los telégrafos eléctricos y á los heliógrafos; á los telégrafos, porque suprime en absoluto los hilos conductores que enlazan las estaciones y constituyen lo que ordinariamente se llama línea telegráfica; á los heliógrafos, porque las comunicaciones son más exactas, se escriben y se oyen y no se necesita la luz del sol, porque el foto-telégrafo funciona perfectamente con luz eléctrica ó luz Drumond. Además, el nuevo aparato está construido con instrumentos ya conocidos, á saber: el telégrafo de Morse, más un teléfono y una placa de selenio.

Para comprender lo que es el foto-telégrafo, suponed dos estaciones colocadas á distancia conveniente — 20 kilómetros por ejemplo — en una de ellas hay un espejo inclinado sobre el

cual incide la luz del sol, ó en su falta la de otro foco intenso; esta luz se concentra por una lente y se reúne, formando foco, en un disco de hierro que tapa un agujero practicado en una tabla que se coloca verticalmente delante de la lente; el disco de hierro va unido, por una palanca en forma de ángulo, el manipulador que se emplea para hacer las señales en el telégrafo ordinario. Claro está que si el manipulador se baja con la mano, el disco de hierro ha de separarse dejando que pase luz por el agujero que tapaba; de aquí que como las rayas y puntos, que son los signos del telégrafo Morse, dependen del tiempo que permanezca bajo el manipulador; estos mismos signos se traducirán en intermitencias, más ó ménos prolongadas, de la luz. La cuestion está ahora en que esas interrupciones transmitidas á distancia puedan, en la otra estacion, escribirse y traducirse en palabras.

Consiguiese esto utilizando la propiedad que posee el selenio de modificar las corrientes eléctricas por medio de la luz, de tal modo, que este cuerpo, que no es conductor de la electricidad, la deja pasar perfectamente cuando se halla expuesto á la luz.

El rayo luminoso, que parte de la primera estacion que hemos considerado, va á parar en la otra á un espejo que lo refleja sobre el selenio, que forma parte de la corriente en que se instala el aparato telegráfico escritor de Morse; si al selenio no llega luz alguna, el escritor no recibe corrientes, y, por tanto, no funciona; más al llegar la luz, el selenio permite que pasen corrientes y el aparato escribe, es decir, traza rayas y puntos, correspondientes á las interrupciones de luz. Hasta aquí el aparato es un telégrafo óptico muy perfecto, en el cual se suprime la línea, porque el rayo de luz hace sus veces. Veamos como se aplica á la trasmision del sonido.

Es preciso para que se oiga que las intermitencias de la luz sean producidas por el sonido; para esto el disco de hierro obturador, de que antes se habló, se articula, por la misma palanca, con una membrana, que tapa el extremo de un tubo, por cuyo otro extremo libre se habla; como al producir cualquier sonido la membrana se mueve y el mecanismo del obturador es muy sensible, se producen las mismas interrupciones de antes.

En la estacion receptora se pone un teléfono en lugar del aparato escritor, y la cuestion queda reducida á hablar por teléfono á distancia, suprimiendo el alambre de línea, porque para conductor sirve la luz.

Compréndese cuántas aplicaciones pueden hacerse de este aparato, y se adivina como entrevé la feliz época en que, más dueño el hombre de los agentes naturales, utilice la luz en las máquinas, lo cual le permitirá acometer empresas y trabajos mucho más colosales que los que hoy emprende y realiza.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

CANTARES.

A REMEDIOS P.

Es un rio de placer
El amor puro y sincero;
Y el falaz y pasajero
Mar de llanto..... padecer.

—
Cuando veas á la flor
Por el rocío cubierta;
Es un alma que desierta
Llora su perdido amor.

—
Un amante desdeñado
A quien el olvido oprime;
Es cual el ave que gime
Cuando su nido han robado.

—
Paloma que vá cruzando
Los montes con raudo vuelo;
Es un alma que el consuelo
De sus penas vá buscando.

—
El ruiñeñor que posado
Triste sobre el árbol miro;
Ser me parece un suspiro
Que su amor ha rechazado.

ELÍO.

NO Y SÍ.

No 'n tench noves, y 'n tench noves
De lo que tú sens per mí;
No ho sé p' el que m' diu ta boca,
Mes per tos ulls ho endevin.

Tos compliments—¡no!—me diuen;
Tos desdenys me diuen—¡sí!—
Del que m' dius me venen penes,
De lo que 'm callas ne visch.

Entre temor y esperanza,
Entre vida y mort estich,
Ab lo que m' dius y tu m' negas,
Ab lo que m' negas y m' dius.

Mes si no ho sents y vols dirm' ho,
O si ho sents y no ho vols dir,
Tot morint dexa que visca,
Tot visquent dexam' morir.

G. R.

1858.

LOS PUEBLOS NERVIOSOS.

La civilizacion trae consigo extraños inconvenientes. Las comodidades, el exceso de trabajo intelectual, el abuso de los estimulantes de todo género, empobrecen las fuerzas físicas y exaltan la imaginacion. No parece sino que hay un constante antagonismo entre el desarrollo corporal y el intelectual. En las razas primitivas, el cuerpo desempeñaba el principal, el único papel; ningun esfuerzo, ninguna inquietud ponía el pensamiento en actividad. Esta agitacion perpétua en que ahora vivimos, reemplazábase entónces por los cuidados poco absorbentes de la caza, de la pesca y de la guerra.

El Dr. G. Beard de Nueva-York ha hecho notar que los americanos de hoy son más delicados, más nerviosos que los del siglo pasado. Una temperatura de 15 grados la consideraban ellos ántes como muy suficiente; ahora necesitan lo ménos 20 grados de calor para no tener que quejarse de un frio irresistible. Antes, se bebía té, café, licores fuertes, sin sentir el más pequeño trastorno... Hoy ¡cuántas personas no pueden conciliar el sueño despues de haber tomado una taza de café! El vino, la ginebra, el tabaco, suelen causar en nuestros tiempos grandes desarreglos; lo cual indica de un modo indudable que el sistema nervioso ha llegado á un grado de excitacion excesivo.

Hoy no se duerme como en el siglo XVIII, habiéndose hecho necesario inventar miles de dro-

gas que exciten el sueño: la morfina; el éter, el laurel-cerezo, el opio, el bromuro de potasio, etc. etc. Antiguamente, cuando no se temía el frío, ni el viento, ni la fatiga, dormíase seis y ocho horas de una sola tirada, sin temor de que una taza de café ó un vaso de *paleale* pudieran destruir tan admirable equilibrio. Pero si en vez de los músculos trabaja el cerebro, difícil es conseguir que cese este trabajo en un momento oportuno, y la imaginación, sobreexcitada, prosigue la actividad en el vacío durante el cruel insomnio.

Los pueblos civilizados modernos, dice Mr. Beard, pecan por exceso de delicadeza nerviosa. El telégrafo, la locomotora, la prensa diaria, nos tienen en un estado de sobreexcitación que no puede ménos de ser nociva, por lo cual, enfermedades que ántes eran desconocidas, han llegado á hacerse ahora comunes. Las enfermedades de la vista (excepto las inflamatorias) son muy raras entre los salvajes; además, las funciones de la digestión se presentan para ellos mucho más fáciles que para nosotros. El trabajo del cerebro mata al del estómago; se piensa más, pero se digiere ménos. El aceite de hígado de bacalao, la pepsina, los elixíres estomáticos, y todas esas drogas y composiciones que despiertan la actividad del estómago, se han hecho hoy casi indispensables, porque aquella víscera carece de fuerzas suficientes para trabajar por sí sola.

Es verdad que se vive más tiempo, lo que parece ser antagónico á la disminución de fuerzas físicas; pero este antagonismo es sólo aparente, porque á medida que las fuerzas físicas disminuyen, el organismo es ménos propenso á las inflamaciones, á las enfermedades agudas, á las fiebres graves, etc.

En los hechos señalados por Mr. Beard hay seguramente muy saludables verdades de que debemos aprovecharnos. No nos conviene llegar á ser tan nerviosos como los americanos, porque entónces la fecundidad de nuestra raza, ya tan pobre y tan disminuida, se empobrecería más aún, y las enfermedades nerviosas, que tantos estragos producen, adquirirían creciente desarrollo. Es pues necesario, no dejar que el espíritu domine demasiado á la materia; es indispensable ejercitar, no sólo la inteligencia de los niños, sino también el cuerpo, y esto, desde los cinco ó seis años de edad. La gimnasia, los ejercicios físicos, no dañan en lo más leve á la imaginación; cuando el cuerpo es raquítico y delicado, la inteligencia se halla en muy malas condiciones para

desarrollarse. *Mens sana in corpore sano*, decía el antiguo adagio, y es una profunda verdad.

EGGIS.

ORIENTAL

Á LA LUZ DE LA LUNA.

(Traducción de Victor Hugo.)

Per amica silentia lunæ.

Luna serena y tranquila
Riela en las plácidas ondas,
Y desde el alto ajimez
Que inmóvil sobre ellas flota,
Contempla triste sultana
La nivea franja que borda
Sobre escarpados islotes,
Del mar la espuma hervorosa.
Deslízase de sus manos
Gimiendo, armónica tiorba...
Y escucha un extraño ruido
Entre el rumor de las olas.
¿Es un bajel otomano
Que el archipiélago azota
Con el peso de sus remos,
O tal vez cruza las ondas
Deslizándose entre ellas
Veloz y parda gaviota?
¿O es quizá genio nocturno,
Triste y fatídica sombra
Que de la almenada torre
Al mar las piedras arroja?...
¿Quién así turba la calma
De la noche silenciosa,
Junto al harem misterioso,
Que hijos de Africa custodian?
Ni es el pirata bajel
Que pasa junto á la costa,
Ni genio triste y sombrío,
Ni audaz y parda gaviota.
Son unos pesados sacos
Que sobre las aguas flotan,
De los que parten gemidos
Que las entrañas destrozan,
Y cuyo interior, confuso,
Remeda una humana forma...
¡Y en tanto, luna tranquila,
Riela en las plácidas ondas!...

B. MEDIANO Y RUIZ.

IMPRESA DE M. ROCA.—PALMA.